

En el discurso de esta obra, yo le repetiré igual pregunta muchas veces.



CAPITULO XIII.

Observaciones preliminares sobre la guerra de la España con la república francesa.

La larga série de guerras, de trastornos y de ruinas espantosas que la revolucion francesa, y la obstinada lucha de principios, de intereses y de toda suerte de ambiciones suscitadas por causa de ella, ocasionaron en la Europa y en el mundo todo, han hecho oscurecerse y poco menos que olvidarse en la historia la parte que tomó la España en la primera liga de las potencias europeas contra la república francesa. Y sin embargo aquella guerra no merece que se olvide ni que se tenga por ociosa en los fastos de España. Declarada la fortuna en todas partes por las armas francesas, y contraria y funesta á las mas de las naciones que midieron sus armas con la república naciente, la España tuvo entonces muchas glorias nuevas que allegar á las antiguas, no tan solo por los triunfos que alcanzaron sus esforzados hijos en aquella guerra, sino aun mucho mas por su teson y su noble perseverancia, cuando llegada que fué su parte en los reveses de las demas

potencias, oponiendo un pecho firme y denodado á los peligros que amagaban, sostuvieron el sagrado honor de sus ínclitos mayores, y sacaron su patria á salvo de las quiebras de las demas naciones. En la historia del reinado de Cárlos IV, último tributo que pagará mi lealtad á aquel buen rey, se verá por menor la multitud de hechos gloriosos con que se distinguieron las armas españolas en aquella lid, inferior de parte nuestra, para la cual los que me precedieron descuidaron prepararse, y en la que á falta de experiencia y de ejercicio en las guerras campales desusadas en los dos reinados anteriores, suplió el valor, suplió el instinto, y suplió la lealtad de los gefes y las tropas españolas, Mies y copia hubo de gloria en aquella guerra laboriosa, donde la devocion á la patria fué tan grande, tanto el número de hazañas, tantos los rasgos de heroismo de los individuos y las masas, que ocurridos que hubieran sido en otros tiempos cuando se fundaban las casas solariegas y los grandes títulos sobre lauros militares, habrian dado con que ennoblecer millares de familias, y habrian sobrepujado muchas antiguas nombradías de las guerras entre moros y cristianos.

Mis enemigos se han ligado en los tiempos posteriores para producir en odio mio el desprecio y el olvido sobre aquella época, en que la política y las armas nos salvaron de los desastres que lloraron tantos puebllos, sojuzgados por la república

*

francesa. ¿Quién fué entre los vecinos de la Francia el que entonces no vió hollado el suelo patrio sin bastar á defenderle, sus estados revueltos, sus leyes alteradas, sus dominios mutilados, sus riquezas devoradas, y su honor de rodillas, obteniendo por sacrificios (el que pudo alcanzarlo) una parte de su existencia para no perderla toda entera? Si la España se salvó de tales pérdidas y humillaciones, parte fueron, y la mayor de todas, para librarla, los esfuerzos de sus armas, que si no domaron la altivez francesa, no dejaron ser domada la altivez castellana. Me han pedido triunfos mis contrarios: triunfos hubo sobre los cuales la historia misma de las glorias de la Francia no ha callado; mas bastaráles uno solo que logró la España, y es que al cabo de tres años de una lucha porfiada, en que alternaron de ambos lados los sucesos prósperos y adversos y la España se vió invadida por fuerzas superiores, el poder giganteo de la Francia, victorioso en todas partes, pero incierto y mal seguro en las provincias fronterizas de la España, nos brindó con la paz de igual á igual, y que esta paz fué hecha sin costar á la monarquía ni una aldea del suelo castellano, ni un maravedi de su tesoro. Sin aquella guerra la república habria olvidado que el territorio español no es pasible de dominio extranjero. ¡Honor y fama perdurable á las tropas españolas y á sus ilustres gefes! Para ellas y para ellos sea la gloria de haber hecho á su patria incólume de las ruinas y los hor-

rores de aquel tiempo. Básteme á mí el honor que ninguno podrá quitarme, de haber estado á la cabeza del gobierno mientras aquella brava gente peleaba, de haber tenido la fortuna y el acierto de elegir y emplear tantos insignes capitanes, y de haberles ayudado, cuanto estuvo de mi parte, á dar lauros á su patria y á salvarla.

Otro honor especial pertenece á Cárlos IV, del que tambien me toca á mí algun reflejo, porque fuí su ministro, y abundé en sus ideas y ejecuté sus voluntades. Este honor fué la pureza de intenciones que siguió su política y dirigió sus armas. Contra su corazon hizo la guerra, porque amaba la Francia: su intencion fué libertarla, no el imponerle su dominio. Sabia por cosa cierta que la Francia gemia bajo un poder tiránico, que ésta amaba el orden, que una minoridad anárquica, hecha señora del poder, comprimia la libertad de los animos, que la Francia peleaba, no por los demagogos que la dominaban y á quienes detestaba, mas por su independencia de los gobiernos extrangeros. Convencido de esta verdad, movió y llevó sus armas contra las facciones que la devoraban, mas bien como aliado que como enemigo de la Francia. En los pueblos y en las plazas que ocupaban nuestras tropas, la bandera blanca enarbolada daba testimonio á los franceses de que era amigo el que lidiaba, que la ambicion no reinaba en sus consejos, que la salud de la España y de la Francia entraba solo en sus proyectos. ¿Quién

acusó jamas entre los mismos enemigos la sinceridad de sus motivos ni la rectitud de sus designios? La república misma conoció la limpieza de sus miras, y aquel rey que en un principio fué por ella desatendido y despreciado, que no tragó su injuria, mas qué no intentó vengarla oprimiendo á la Francia ni pretendiendo desmembrala, fué entre todos los reyes de la Europa, de quien, vuelta en fin de sus furorēs la república, codició la amistad con mas empeño, y á quien dió en adelante pruebas mas señaladas de respeto y deferencia. Esta observacion y este justo homenaje á la virtud y á la nobleza del monarca español la han hecho y le han rendido todos los escritores de la Francia.

Es tambien de observar en este sitio que si aquella guerra, ni por parte de la España ni de las demas potencias coligadas fué visto que alcanzase á domar la república francesa, tuvo almenos el importante resultado de que aquel gobierno audaz se contuviera en sus proyectos de propaganda y subversion con respecto á las potencias que aceptaron la paz y transigieron con honor, reconocido por la Francia el principio de respeto y fé segura á los monarcas que á su vez dejarian de impugnar á la república. Si este principio no fué luego observado en todas partes, por lo menos es cierto que los gabinetes que habian hecho una seria demostracion de sostener su honor y sus derechos con las armas, y adoptaron despues la paz, fueron respetados hasta el

fin por la república, cual fué visto con respecto á la España, á la Prusia y á los príncipes del imperio que siguieron igual política; no sucediendo asi con las potencias que en el comun peligro y en los dias infandos del frenesí republicano, se mostraron neutrales y acreditaron su flaqueza: tal se vió en Génova, en Venecia, en la Suiza y la Toscana. Esta observacion importante servirá de respuesta á aquellos que miraron como impolítica la guerra de la España, y á los que la tacharon de haberla hecho inútilmente.

Debe en fin observarse, para aquellos que han dicho que el gobierno español no aprovechó en aquella guerra toda la energia que la nacion habia mostrado, que si bien la guerra con la Francia fué aclamada en España por el voto unánime de los pueblos, la opinion general no tan solo en España sino en toda la Europa, miró la coalicion de las potencias como un medio cierto, seguro y poderoso para refrenar la Francia, y que el voto nacional en España no fué otro sino el de cooperar á aquella guerra dentro de los lindes que ofrecia ó parecia ofrecer como bastantes la liga general; que el gobierno español á pesar de la penuria del erario que venia de muchos años, y sin mas recurso para acometer aquella guerra que los dones voluntarios, sin ningun subsidio de las potencias extrangeras, y con el crédito español en sufrimiento, extendió sus planes y llevó sus esfuerzos mas allá de los medios que

se ofrecieron á su mano (1); que el levantamiento en masa, ni fué ofrecido por los pueblos, ni entró en la idea comun que fuese necesario, ni habia caudales para emprenderlo, ni nacion alguna lo emprendió en un principio; que la reaccion y movimiento de la nacion francesa en aquellas circunstancias excedió todas las previsiones de la política, y que solo en presencia del peligro manifiesto que ofrecieron los esfuerzos prodigiosos, nunca vistos, de la Francia, el gobierno español, bien por cima de todos sus recursos, apeló en tiempo á los medios extraordinarios, tales como se vieron en los riesgos de la tercer campaña, cuando aumentadas nuestras fuerzas, superiores al enemigo y cercanas á tomar otra vez la ofensiva con brillantes esperanzas, fué ofrecida la paz por la república.

De todo esto se hablará largamente en sus lugares respectivos: basta ahora la indicacion de estas especies que los que han hablado de aquella guerra con disfavor, no las tuvieron ó han afectado no tenerlas presentes. Yo entraré en pormenores, presentaré los hechos en su luz verdadera, refutaré muchas calumnias, y mostraré de paso muchas glorias de la España.

(1) Mis lectores no olvidarán que el mal estado de la hacienda pública traia su fecha muy de antiguo, y que yo llevaba apenas cuatro meses de encontrarme á la cabeza del gobierno cuando estalló la guerra para la cual los que me precedieron no estuvieron preparados.

CAPITULO XIV.

De la guerra de España contra la república francesa. — Respuesta á las injurias que acerca de esta guerra ha escrito contra mí M. de Pradt.

Todo el mundo conoce á M. de Pradt, á lo menos por sus diluvios de memorias y folletos en materia de política y de historia contemporánea. Una de sus obras que obtuvieron mas boga fueron sus *Memorias históricas sobre la revolucion de España, publicadas en 1816*. De los que han escrito en odio mio, casi nadie ha igualado la enemistad encarnizada y voluntaria con que me trata este eclesiástico, ni jamás se han estampado contra nadie injurias mas atroces que las que me prodiga este ex-prelado en dicha obra. ¿Cuál fué la informacion que tomó M. Pradt para tratarme de tal modo? Ageno enteramente de la historia del reinado de Cárlos IV, recogió por tal el testimonio del mayor de mis contrarios, don Juan de Escoiquiz, verdadero autor de los males todos de la España, de quien hablaré largamente en el discurso de esta obra. La perspicacia de M. Pradt no alcanzó á conocer y á juzgar aquel hombre de iniquidad y de mentira, antes al con-

trario le escuchó como un oráculo, y bebió de él todo su odio en contra mia. Mucho ha sido el compromiso en que esta deferencia de M. Pradt con su colega de Bayona le ha constituido como historiador: á mi me es fuerza defenderme.

He aquí la introduccion del antiguo arzobispo de Malinas, donde sin pensarlo hizo mi elogio :

« El rey de España Cárlos IV fué el único soberano de la Europa que en la época de la catástrofe deplorable de Luis XVI hubiese dado pruebas eficaces de interés á aquel príncipe desgraciado. Sabidas son las proposiciones que hizo dirigir con publicidad al poder que se aprestaba á disponer de la vida de aquel monarca, sin poder dudarse que estos primeros pasos no hubiesen sido sostenidos por otros muchos que se concertaron con personas que dirigian en París la opinion de aquel tiempo. Bastaba que Luis XVI fuese el gefe de la casa de Borbon y que ocupase un trono *de familia*, para que desease Cárlos IV apartar el golpe que amenazaba á su pariente; pero todo fué inútil, y la consumacion de esta grande iniquidad fué la señal de guerra entre Francia y España. Este atentado que llenó á la Europa de espanto, llevó el fuego al corazon de los españoles, que excesivamente ardientes para no poder contener las impresiones que reciben, acometieron á los franceses que habitaban en España, sin considerar que aquellos hombres, establecidos en el pais con la sola

« mira de sus intereses particulares, se encontraban
« agenos del suceso que excitaba aquel odio (1). En
« un instante prendió el fuego de extremo á extre-
« mo de la España: todas las bolsas fueron abiertas,
« todos los brazos se ofrecieron. La nacion Española
« superó cuanto en las demas épocas de la historia mo-
« derna se ha contado en materia de ofrendas hechas
« por el patriotismo de los pueblos á los gobiernos
« que han buscado su apoyo (2). Y asi se vió que
« las ofrendas de la Francia bajo la asamblea consti-
« tuyente no ascendieron á mas de cinco millones, y
« que la Inglaterra con todo su fervor, en 1793, no
« llevó sus larguezas mas allá de cuarenta y cinco,
« mientras que la España ofreció en donativos vo-
« luntarios la enorme suma de setenta y tres mi-
« llones, don patriótico, en verdad, el mas crecido
« que se encuentra en la historia de los pueblos
« modernos.»

(1) Yo he hablado ya en otro lugar de las medidas prontas y eficaces que tomó el gobierno para contener aquel primer efecto de la ira que se mostró en las plebes. La represion fué tan pronta como el amago; el gobierno dió muchas pruebas de su hospitalidad característica, y no menos de su indulgencia con algunos imprudentes, á quienes el amor de su patria los comprometió fuertemente en sus modos de producirse en aquella grave crisis.

(2) M. Pradt debió decir mas, y es que los dones de la España se anticiparon á las necesidades del gobierno, sin aguardar que este pidiese.

Hasta aquí M. Pradt, refiriendo estos hechos, hubo de ignorar que la época de mi llegada al mando fué precisamente la misma en que luego, de seguida, fueron practicados los generosos y eficaces oficios de Carlos IV en favor del rey de los Franceses. Me hace pensar así (por no creer que de intento ocultó esta circunstancia) la injustísima diatriba con que prosigue en odio mio de esta suerte:

« Pero no basta solo emprender una guerra por
« honor y justicia; se necesita ademas dirigirla con
« luces, y este fué el escollo de la España. *La mis-*
« *ma mano que lo paralizaba todo en la paz, para-*
« *lizó de nuevo todas las cosas en la guerra.* Desde
« el fondo del palacio, pretendia un favorito dirigir
« los ejércitos del mismo modo que gobernaba la
« córte; pero distando mucho estas dos cosas, y no
« siendo el enemigo un cortesano (como dijo Fede-
« rico) fué preciso ceder y desistir de aquella lucha.
« Igualmente frustrados el valor de las tropas y el
« real ardimiento de sus gefes, dejaron penetrar al
« enemigo hasta el corazon de la España. Se trató
« con él, y todo el mundo sabe que cosa sea un tra-
« tado cuando el vencido busca en la paz el último
« refugio. Los franceses habian pasado el Ebro y
« llegaban ya á Madrid. La manera de contenerlos
« fué firmar una paz cuyo nombre tomó para sí el
« favorito aun con mas necesidad que insolencia,
« adornándose con las desgracias públicas, como en
« otros paises se forman títulos de su prosperidad y

«de su gloria.» Hasta aquí por ahora de M. Pradt, á quien es justo que yo responda alguna cosa.

Raros son los que escribiendo, ó de intento ó de paso, acerca de esta guerra de la España, hayan negado á ésta un lugar distinguido entre las demas potencias que concurrieron á la lucha contra la república francesa. A ninguna inferior en las ventajas que ofrecieron los primeros esfuerzos de la coalicion, superior á muchas por su firmeza y su constancia en los dias de adversidad, fué mas feliz que todas, cuando satisfecho su honor, consintió en poner fin á su querella, visto que fué la única que hizo la paz sin humillacion ni sacrificios. Este solo resultado prueba bien que las armas españolas sostuvieron aquella lid con valentía, y que en medio de ser bisoñas, no les faltó tampoco la direccion ni la pericia, sin las cuales el valor solo no es bastante para luchar campo á campo y á cielo descubierto. Cierto, la república donde sus armas triunfaron y donde *fué preciso ceder* delante de ellas, no hizo gracia á ningun enemigo; si en España no hizo presa, ni ganó botín, ni ensanchó su territorio, gracias sean dadas á las armas españolas. Si esta sola reflexion no bastára para formar un juicio verdadero de su porte glorioso, estampados corren los graves testimonios que se encuentran á favor de ellas en las relaciones mismas francesas, donde los escritores imparciales no han creído rebajar la gloria de sus armas haciéndonos justicia y ensalzando las nuestras. Solo M. Pradt,

de su propia autoridad, sin tener cuenta ni de los papeles públicos de aquel tiempo, ni de aquellos autores que le precedieron, algunos de ellos militares y testigos oculares en aquella guerra, de una sola plumada de veintidos renglones, por herirme á mí ha pretendido deslustrar el honor que ganó España en los tres años de su lucha con la Francia. ¿A quién consultó? ¿á quién oyó? ¿de quién tomó noticias? En sus memorias no hallarán sus lectores mas citas cuando habla en daño mio, sino de un Escoiquiz y un Ceballos mis enemigos capitales (1).

(1) Y sin embargo M. Pradt, protestando que su intencion ha sido solamente la de acopiar materiales para la Historia de la Revolucion de España, y reconociendo que esta historia deberá ser mas adelante el producto de las relaciones y memorias que serán publicadas por los que han figurado en aquel tiempo, dice de esta suerte en su prefacio pág. IX: »Por lo que es hoy, cada uno en particular no podrá hacer mas que pagar su cuota á esta »coleccion, *limitándose á contar lo que ha podido ver ú »oir, por supuesto bien visto y bien oido, por que es raro »tener ojos que vean clara y justamente y tener oidos que »oigan bien. En los tiempos de revolucion hay ojos y hay »oidos de partido, y aun se puede decir que son todos de »esta especie.*» He aquí pues á M. Pradt juzgado por sí mismo. Sus ojos no habian visto nada: sus oidos no oyeron sino á los hombres del Escorial, de Aranjuez y de Bayona que sumieron la España en un abismo de desgracias, y bajo la palabra y los escritos de estos hombres ordenó sus memorias. Y éste mismo M. Pradt es el que ha dicho en ellas: «¡Desgraciados los vencidos de quien los vencedores fueren jueces ó escribieren la historia!»

«La misma mano, dice de mí M. Pradt, que «todo lo paralizaba en la paz, paralizó de nuevo todas las cosas en la guerra.» Pero yo he contado largamente lo que fué hecho en los primeros cuatro meses de mi entrada al ministerio. M. Pradt tambien lo ha referido con alabanza, si bien no me ha nombrado, *olvidando tal vez* quien fué el ministro de aquel tiempo (2). Ya lo he dicho muchas veces: si los medios que yo intenté y puse por la obra en aquellos dias contados en que aun tenian remedio los males de la Francia, hubieran prosperado, como se podia esperar con fundamento, la revolucion francesa no habria tomado aquel caracter que originó tantas plagas á la Europa. ¿Haber obrado de este modo mientras la paz reinaba todavía entre nosotros y la Francia, se podrá llamar parálisis de parte de la España?

Pero aun son mas en cuanto á la guerra los olvidos y reticencias de M. Pradt. ¿Ignoró este escritor la organizacion que fué hecha, en menos de tres me-

(1) Digo aquí, *olvidando tal vez quien fué el ministro de aquel tiempo*, porque M. Pradt no lo ignoraba, puesto que en la pequeña biografía que precede á su obra, hace mencion de mí (pág, XX) como ministro de estado en 1792. Si el callarlo en sus memorias fué olvido, tal olvido en un historiador no tiene excusa. Si el callarlo fué de intento, mis lectores apreciarán la conducta de M. Pradt, y juzgaran su obra.

ses, de tres ejércitos que volaron al Pirineo con mas presteza que las tropas de la república? ¿Ignoró el completo que fué dado al mismo tiempo á los armamentos marítimos, la expedicion de Tolon con veinte navíos, cuatro fragatas, multitud de otros buques de guerra y de trasporte, y una escogida division de tropas de tierra y de marina que formaba un cuarto ejército? ¿Ignoró la expedicion marítima que al proviso fué enviada á las Indias occidentales (1), la de las islas sardas (2), los refuerzos navales que fueron dirigidos á los mares de oriente, y

(1) Esta expedicion extraordinaria tenia por objeto defender los dominios de América, principalmente en la parte de las Antillas, proteger nuestro comercio, y hostilizar las colonias francesas. Mandábala el teniente general de la real armada don Gabriel de Aristizabal, que impidió muchos proyectos del enemigo, que le hizo sufrir grandes pérdidas, y el cual, entre otras acciones gloriosas, á fines de enero de 1794, tomó la plaza de Fuerte-Delfin con todos sus castillos y dependencias en la parte francesa de Santo-Domingo.

(2) Por un antiguo tratado el rey de España y el de Cerdeña, para cualquier caso de invasion de sus respectivos estados, tenian convenido acudirse mutuamente con un socorro de ocho mil infantes y cuatro mil caballos. El rey Carlos IV, escrupulosísimo en el cumplimiento de sus empeños y obligaciones, no pudiendo deshacerse de sus tropas para cumplir á la letra aquel tratado, y deseando satisfacer aquel deber de algun modo que pudiera ser equivalente, mandó salir una escuadra al mando de don Francisco de Borja, al cual, entre otras operaciones im-

la multitud de cruceros que salieron de nuestros puertos para defender nuestras costas, proteger el comercio y hostigar al enemigo? ¿Ignoró M. Pradt el feliz resultado de aquel costoso desarrollo de nuestras fuerzas marítimas desplegadas desde el primer momento en que la guerra fué prevista? ¿Ignoró las ventajas que nos dieron estas medidas simultáneas y casi repentinas sobre la marina francesa todo el tiempo que duró la guerra? ¿Ignoró las alianzas que en seguida de estallar la guerra fueron hechas con Portugal y con la Gran-Bretaña? ¿Ignoró que todo esto fué la obra de pocos días, y que todo fué hecho en los primeros meses de mi mando? Nada de esto cuenta M. Pradt: ninguna cosa dice del copioso material de guerra que fué aprestado como por encanto, ni del soberbio equipage del ejército, ni de los ricos almacenes que durante todo el discurso de la guerra siguieron constantemente á nuestras tropas y ninguna cosa les dejaron que pudiera desearse. Nada en fin dice del magnífico servicio de nuestros hospitales, los mas llenos y mejor organizados que ofreció la Europa en aquel tiempo.

Mucho menos hace mencion M. Pradt de la eleccion esmerada de generales de mar y tierra que fué

portantes, se encomendó la reconquista de las varias islas de Cerdeña que habian caido en poder de los franceses. Esta reconquista fué realizada, y las islas fueron entregadas en seguida á su legítimo monarca.

hecha. Muchos de ellos estaban olvidados de los ministros anteriores, y algunos de ellos, los mejores, estuvieron en desgracia durante el mando de Floridablanca, porque temía sus luces, y el carácter de estos no sabía plegarse á su política. No fueron en verdad cortesanos ni humildes palaciegos los insignes oficiales que yo elegí para la guerra, ni me ceñí á buscarlos en clases ó partidos exclusivos: cuantos gozaban un buen nombre, otros tantos fueron convidados para defender la pátria. La historia militar de aquella época, de la boca de propios y extrangeros, ha encarecido á los presentes y seguirá contando á los que vengan, las virtudes, la pericia el valor, la constancia y la lealtad de un Ricardos, de un Caro, de un Cuesta, de un Cagigal, de un Crespo, de un Izquierdo, de un Arias de Saavedra, de un marques de la Romana, del esforzado duque de Osuna, del valeroso y temerario conde de la Union, del anciano y sesudo conde de Colomera, de un Lángara, un Gravina, un Alava, un Borja y un Aristizabal preciado honor estos últimos y otros muchos de la marina española; tantos y tantos mas de todas armas que se escapan á mi memoria, un Vives, un Ofarril, un Urrutia, un Solano, un Escalante, un Venegas, un Navarro, un Taranco, un Lancáster, un Morla, un Mendinueta, un Castaños, un Someruelos, un Amarillas, un duque de Montellano, un marqués de Cifuentes, un baron de Kesel, un Escofet, un Córnel, un Villalba, un Adorno.... y tambien mi pobre her-

mano el brigadier don Diego de Godoy, que ganó muchas palmas, que sirvió á su pátria noblemente, que añadió lustre á su familia, y hoy se encuentra sin hogares, sin pátria, sin ningun amparo, expiando el ódio todavía del engañado rey Fernando, y atenido como yo á las tristes y postreras migajas que por toda fortuna me quedaron de la augusta beneficencia del rey Cárlos fallecido en pobreza y en destierro (1). Los demas gefes que he nombrado, y

(1) Mis lectores me permitirán este justo desahogo al dolor que me cuesta la suerte de mi viejo hermano, uno de los muchos generales que merecieron altamente de la patria. Sin contar un largo número de hechos de armas que le distinguieron en las tres campañas, referiré tan solo que él fué quien en la famosa batalla de Truillas, tan gloriosa para las armas españolas y tan funesta á los franceses, con solo dos regimientos de caballería, media brigada de carabineros y unas pocas compañías de infantes, combatió heroicamente contra fuerzas dobles del enemigo, y el que haciendo prisionera una columna entera, cara á cara con el general francés Dagobert, decidió la victoria en el ala izquierda del ejercito. Las gacetas, los partes y los papeles públicos de aquella época nacionales y extranjeros, conservarán su honor y su gloria, á despecho de la implacable faccion que le negó hasta el descanso y el retiro en sus lares domésticos. Querido hermano mio, tus oscuros enemigos, y los que heredaron sus rencores, no te podrán borrar de la lista de los buenos generales donde tu nombre lo escribió la pátria la historia nacional y la extranjera lo consagrarán para siempre. Donde quiera que abro las relaciones militares de aquel tiempo, allí te encuentro siempre, con gozo y con orgullo, entre los

una multitud de ilustres oficiales mas ó menos elevados que brillaron en aquella guerra, cierta tienen igualmente su alabanza y su inscripcion honrosa en las páginas que nunca mueren de la historia. Ninguna gloria nueva de las que despues ha allegado nuestra pátria eclipsará las que ellos adquirieron: muchas de estas glorias nuevas, las mas de ellas, son debidas á estos fieles servidores de aquel tiempo. Tales hombres no se eligen ni se emplean para servir caprichos de una córte inepta y presuntuosa: la eleccion de las personas muestra el carácter de un gobierno. De la parte de éste, sobre el feliz acierto en la eleccion de los sugetos, se añadió la continua provision de medios y recursos militares y políticos, que jamás faltó en nuestros campos todo el tiempo de la guerra. Nada estuvo escaso para el servicio del ejército ni para el logro de la guerra: no hubo tasa en los gastos, ni ninguna cortapisa se impuso al talento y al ingenio de los gefes militares: entre ellos y la córte hubo siempre un mismo espíritu; la disciplina y la moral del ejército fué perfecta, porque reinó la confianza que producía este feliz acuerdo de medidas y pareceres: no hubo rivalidades, no hubo envidias, no se oyeron enemistades, porque de

valientes y leales campeones de la monarquía española ¿ qué te importa á tí la aversion de una corte que pagó con destierros, con prisiones y suplicios á los sugetos mas ilustrados de su tiempo?

parte del gobierno no fué vista acepcion de personas, sino atencion al mérito donde quiera que se mostraba, aprecio ilimitado á todos los talentos, premios y honras sin medida á todas las acciones generosas. Hablo de tiempos de que aun quedan muchos testigos sin temer que me desmientan; fuera de que, los archivos del gobierno, las gacetas y demas papeles públicos de aquella época, dan testimonio de la verdad que cuento, en cada hoja, por cualquier parte que se abran y se lean.

Siendo esto así, yo pregunto á M. Pradt, y con él á todos mis contrarios que han hablado por su boca, si el ministro que ejecutó de este modo la voluntad de su monarca, paralizó ó frustró por tal conducta los sucesos de la guerra. Continuaré hasta el fin, y probaré á M. Pradt la ignorancia y la injusticia con que ha hablado.



CAPITULO XV.

Continúa mi respuesta á M. Pradt.

M. Pradt me acomete desde un principio con el epíteto vulgar de *favorito*, por el cual mis adversarios han querido traducir el honroso título de amigo de mi rey, que aspiré á merecer y debí á Cárlos IV todo el tiempo de su vida. Fuerte, lo pri-



mero de todo, por el testimonio de mi conciencia, y otro tanto seguro de encontrar justicia en los que ajenos de facciones y partidos fueron sabedores ó testigos de mi vida política, yo resisto y desecho con rostro firme todo título ó apodo que lleve en sí la idea, cual se entiende comunmente, de privado, de valido, ó favorito, ninguno de los cuales, y el postrero menos que otro alguno, corresponde ni al favor ni á la conducta que yo tuve en la córte de aquel príncipe. Libre siempre la accion y la influencia de los demas ministros, juntando mis esfuerzos con los suyos para hallar el acierto, ansioso de consejo, francas y expeditas, sin que ninguna fuese atada, todas las ruedas del gobierno, nunca goberné solo ni mandé á mi arbitrio; jamás pasé los lindes del poder que me fiaba Cárlos IV, y conforme á su voluntad, nunca obré sin consultarle aun en las cosas mas pequeñas. En las materias graves, interiores ó exteriores, cuanto estuvo de mi parte, busqué siempre sujetar mi dictámen al debate y á la luz de sus Consejos. Lejos de apartar esta luz, trabajé en aumentarla; lejos de rodearme y rodear el trono de personas frívolas ó ineptas cual las quieren los favoritos, hice siempre llamada á los talentos conocidos, y busqué y hallé otros muchos, y los puse en evidencia sin temor ni envidia, y los dejé legados á los tiempos venideros en que los halló la pátria: muchos de ellos han sobrevivido á las tormentas, y aun están brillando y aun la están sirviendo.

Cuanto á mí, no fué culpa ni ambicion de parte mia que se hubiera propuesto y quisiese Cárlos IV tener un hombre mas de quien fiarse como hechura propia suya, cuyo interés personal fuese el suyo, cuya suerte pendiese en todo caso de la suya, cuyo consejo ó cuyo juicio, libre de influencias y relaciones anteriores, fuese un medio mas para su acierto ó su resguardo en los dias temerosos que ofrecia la Europa. Por esta idea, toda suya, me colmó de favores, me formó un patrimonio de su propio dinero, me elevó á la grandeza, me asoció á su familia y ligó mi fortuna con la suya. ¿Abandonó por esto en mis manos toda la carga del estado? Ni en mis manos ni en las de nadie. Los que digan ó escriban lo contrario, no sirvieron á aquel monarca ni le vieron de cerca. Cárlos IV fué zeloso de su autoridad otro tanto como su padre, y dictaba su pensamiento casi siempre. Declarada su voluntad ó mostrado su deseo, escuchaba las razones, atendia la verdad, y asentada la regla ó el principio sobre el cual debia girarse, daba amplitud á sus ministros en los medios de ejecucion, pero sujetos estos á su exámen para el cual era á veces desconfiado y minucioso. No se persuadia fácilmente que se atreviesen á engañarle, pero temia que errasen. Si declinaba alguno de la regla ó del principio que se habia fijado, aquel ministro era perdido. Mucho fué mi esmero en servir sus designios y seguir sus principios que jamás se desviaron de la equidad y la justicia, mu-

cha fué la confianza que le mereció esta conducta, pero aquella confianza no fué nunca ni absoluta ni exclusiva. Mas de una vez prefirió Cárlos IV otros consejos á los míos, y en una de ellas, en 1806, fué apartado del camino único por el cual en tiempo apto habria salvado su corona amenazada: mas de un ministro tuvo á quien yo no habria elegido, uno de ellos bien conocido, el marqués Caballero que hubo vez de reunir tres ministerios, y el obstáculo mas grande que yo tuve para llevar á cabo mis esfuerzos en favor de las luces y dar cima á los proyectos y reformas saludables que tenia yo á mano. Á lo largo de estas Memorias se hallarán muchas pruebas de que mi poder, si fué grande, no fué nunca ilimitado; y con presencia de los hechos juzgarán mis lectores, si el poder que yo tuve y la manera de emplearlo constituyen la idea de un favorito, ó de un amigo fiel á su monarca y amante de su pátria. Baste ahora; voy siguiendo con M. Pradt.

«Desde el fondo del palacio, dice este escritor, «pretendia un favorito dirigir los ejércitos, como «gobernaba la córte.» Si esto fué así como quiere M. Pradt, yo podria apropiarme mucha gloria, otra tanta como lograron nuestras armas en los dias favorables, y en los mismos dias adversos que encontró aquella guerra. ¿Ignoró M. Pradt los sucesos gloriosos de la primera campaña, la fortaleza en los reveses que ofreció la segunda, y los esfuerzos grandes de valor, de inteligencia y de heroismo que se-

ñalaron la tercera? Mas la alabanza de esto y el acierto ó desacierto, como quiera estimarse, en la gestion de aquella guerra, fué de muchos, no el acierto ni el error de uno solo. Elegidos los gefes, no la córte sino ellos mismos en union con el gobierno, y erigida una junta bajo mi presidencia con el nombre de consejo militar supremo, propusieron los planes que estimaron mas realizables y seguros, confirieron sobre los medios y lugares para el ataque y la defensa que atendidas las circunstancias militares y políticas ofrecerian mejor éxito, y asentadas las bases de sus operaciones, convenidos con el consejo, libres en los modos de ejecucion, libres ademas para todas las variaciones que podrian hacer precisas los sucesos imprevistos, partieron á los campos, ricos de las luces que reunió el consejo, ricos del favor y de la confianza del gobierno, ricos de confianza entre ellos mismos, ricos de ardor y celo por las glorias de la pátria. Todo esto es sabido, todo esto fué notorio: un buen número de testigos vive todavía de aquella época. Despues de esto, nadie ignora que en España no se ha acostumbrado dirigir la guerra con decretos de gabinete, mucho menos en aquel tiempo y en aquella lucha con un pueblo belicoso y exaltado que acudia á la guerra, desechada la antigua escuela de la táctica europea, que burlaba las previsiones de todos los gobiernos, y hacia faltar á cada instante los mejores cálculos de la política y el arte.

CAPITULO XVI.

Sigue mi respuesta á Mr. Pradt. — Campaña de 1793.

Por el mismo voto unánime del Consejo supremo militar, de que formaban parte los principales gefes de mar y tierra que debian mandar nuestras armas, discutidos largamente los diferentes planes y proyectos que fueron presentados sobre el modo de emprender la guerra y dirigirla, se acordó en definitiva la formacion de tres ejércitos, dos de los cuales, uno en la frontera de Guipuzcoa y Navarra, y otro en la de Aragon tendrian solo la defensiva, mientras el tercero tomaria la ofensiva por el lado de Cataluña para invadir el Rosellon, y ocupado que hubiese sido, avanzar luego al Langüedoc, apoyadas y cubiertas nuestras armas por las montañas de Corbières bajo la cadena que las une á los Pirineos y á la mar. La ofensiva por aquella parte de la frontera era la mas difícil atendidas las defensas que allí ofrecen la naturaleza y el arte; por razones poderosas, militares y políticas nos la hicieron preferible, lo primero porque teniendo el enemigo en tierra propia una situacion tan ventajosa y resguar-

dada, si intentaba atacarnos por aquellos puntos, como era presumible que quisiera hacerlo, obraría sobre una base de operaciones formidable, y la Cataluña correria muchos riesgos; lo segundo, porque ocupado aquel pais por nuestros ejércitos, seria mucho mas fácil mantenerse sobre el suelo de la Francia, que penetrando en tierras descubiertas como el Labour, en el cual falto de plazas y de posiciones militares bien seguras, se debian encontrar menos recursos para conservar las ventajas que podrian lograrse en un principio, y evitar los azares de una retirada que llegára á ser forzosa. Se necesitaba ademas dar la mano á la expedicion marítima que fué igualmente proyectada sobre los puertos del Mediterráneo, expedicion importante, que como tal fué mirada en aquellas circunstancias, no tan solo para divertir y derramar las fuerzas enemigas, sino tambien, y aun mucho mas, para aprovechar las disposiciones hostiles de Marsella, de Lyon, de Tolon y de otros pueblos intermedios, contra la tiranía de la república. La invasion por los Pirineos occidentales no ofrecia esta ventaja de parte de los pueblos. Despues de esto la tentativa sobre el Rosellon, realizada con prontitud, era dable el hacerla escapar á la prevision de la república, lo primero porque tamaña empresa que rayaba en temeridad, no se hacia probable, mayormente en un principio y con tropas no avezadas á las altas operaciones y á los grandes golpes de la guerra; lo segundo por la os-

tentacion de fuerzas que se haria en las fronteras de Guipuzcoa y Navarra, mientras al contrario, por la parte de Cataluña, se mostrarian apenas las precisas y tasadas que requeria la defensiva sobre aquella raya.

Tal fué el plan de la primera campaña, y este plan fué cumplido. ¿Qué no es posible hacer con tropas españolas y un general como Ricardos? En pocos dias, con poco mas de tres mil hombres, invadió el Rosellon donde se hallaban repartidos diez y seis mil por parte de la Francia. Cuando llegaron los demas cuerpos del ejército para seguir aquella empresa, era ya dueño el general de las primeras líneas de defensa de los Pirineos orientales, ocupaba á Ceret, y hacia abrir un camino en el Col de Portell para pasar la artillería y bajar á las llanuras. Los que no han visto aquella entrada de la Francia, ó ignoraren la topografía de aquel lado de la frontera, no alcanzarán á concebir en toda su extension cuál fué el mérito de esta primer hazaña. Mas los altos hechos de guerra y las glorias de aquel ejército y sus gefes, en la primer campaña, fueron tan frecuentes y de tal merecimiento, que se dañan unas á otras para haber de estimarlas, por ser tantas y tan grandes. Ocupada en pocos dias una parte de la Cerdaña francesa por delante de Puycedá, establecido un puesto en la Junquera para observar á Bellegarde, arrojado el enemigo de sus posiciones de Arles, llevado siempre por delante, derrotado entera-

mente en la primer batalla general que fué dada (1), y tomados los tres campos que el general Deflers acababa de formar sobre el Thuir, acampado nuestro ejército el mismo dia en Boulou, dueño de la mayor parte de la corriente del Tech, puesto en seguida el sitio á Bellegarde, invadidas Argeles, Elena y Corneillas, desarmados sus habitantes y dejados sin medios de abastecer las plazas, triunfantes siempre nuestras tropas de los reiterados esfuerzos que hacia Deflers para socorrer á los sitiados, apresados todos los convoyes, dueñas ya en 3 de junio nuestras armas del fuerte de los Baños, dos dias despues del fuerte de la Guardia, la conquista del alto Wal-

(1) La de Masdeu en 18 de mayo, ganada contra fuerzas superiores de los Franceses, en la cual perdidos los tres campos atrincherados que habian formado para cubrir á Perpiñan, abandonaron su artillería, sus municiones y demas pertrechos de boca y guerra. El ejército español, que habia andado cinco leguas antes del ataque y peleado diez y seis horas, falto de mulas para conducir la artillería enemiga, arrastró de ella á brazo y anduvo todavía dos leguas para llegar al campo del Boulou donde el general Ricardos dió la orden de preparar los ranchos. Esta primer batalla causó tal turbacion en Perpiñan, que sus baterías hicieron fuego contra las mismas tropas francesas que se retiraban á la plaza. Ochocientos voluntarios se negaron á continuar sus servicios en aquella guerra y fueron arrojados con ignominia por el general Deflers. Las autoridades de Perpiñan se retiraron con los archivos á Narbona; y un gran número de habitantes dejaron la ciudad y partieron tierra adentro.

espir' asegurada, cubierta la frontera por aquella parte y desmantelada en pocos dias Bellegarde, capituló esta plaza el 24, despues de una defensa porfiada. El general Ricardos avanzó entonces mas terreno sobre el Thuir, y aunque al enemigo le llegaban cada dia nuevas fuerzas de lo interior, estableció el nuevo campo de Masdeu, logró continuos triunfos en acciones parciales, y añadió otro campo en Truillas. Se acercaba ya en esto el 14 de julio: los franceses ardian por celebrarle con una gran batalla, y los preparativos fueron hechos; pero las previsiones de Ricardos, su talento especial de adivinar los proyectos del enemigo, y las ventajosas posiciones con que se ofreció al combate, desmayaron al general republicano, que evitó la batalla y perdió aquel gran dia en que sus tropas inflamadas anhelaban por desquitar sus derrotas anteriores. Nuevas operaciones y nuevos triunfos nos hicieron dueños de los llanos del Rosellon hasta el Tet. El general francés, visto el peligro que se aumentaba cada dia de perder la capital, se propuso divertir nuestras fuerzas y llamarlas por la parte de la Cerdaña: la fortuna dividió en aquel punto sus favores entre españoles y franceses; mas las ventajas que estos lograron por entonces en aquella parte no bastaron á arredrar nuestra marcha. No quedaban al enemigo en los llanos del Rosellon sino los campos inmediatos á Perpiñan y la posicion de Peyrestortes, que era necesario invadir para ocupar á Rivesaltes y llevar

nuestra línea hasta el Gly apoyando en Estagel nuestra izquierda. A pocos dias arrojamos al enemigo de los puestos que tenia en Urles y en Cabestani: la toma de estos puestos fué sangrienta, sobre todo la del segundo: el general francés Fregeville, fué hecho prisionero. A estos dos ataques uno y otro funestos para los franceses, otro tanto como fué honrosa y extremada su defensa, se siguió luego en 8 de setiembre el del campo de Peyrestortes. En lo mas récio del ataque, un batallon del regimiento de Navarra y algunas compañías de provinciales, que al través de los torrentes de metralla se arrojaron á la bayoneta sobre las baterías enemigas, decidieron la victoria por nosotros. Al siguiente dia, reforzado el enemigo por las tropas que tenia en Salces, volvió á cobrar á Peyrestortes. Nuestras tropas retiradas en buen órden, se replegaron las unas á Masdeu y las otras á Truillas. Atacado aquel dia el valiente general Courten por fuerzas cuatro veces mayores que las suyas, se sostuvo diez y siete horas en la horrible pelea, sacó á salvo su division y llegó á Truillas felizmente. Jouye y Vidal-Saint-Urbin, generales franceses, perecieron en aquella lucha encarnizada. Si estas cosas las contáran solamente las relaciones españolas, no serian creidas; pero las francesas comprueban estos hechos, y de ordinario van mas lejos que las nuestras para hacer nuestra alabanza. Quanto escribo es historia consignada en los anales de aquel tiempo.

Nuevas tentativas, despues de esto, de una batalla general por la parte de los franceses: nuevas medidas de Ricardos desconcertando al enemigo, el cual desiste del ataque. Pero el general francés ha recibido diez batallones mas de tropas veteranas, y órdenes y amenazas del gobierno; Dagobert manda en gefe; los convencionales Cassagne y Favre vienen á ser testigos de sus obras y á animar los combates. Los Españoles estan prontos, su derecha en Masdeu, el centro en Truillas, y la izquierda sobre el Thuir, sus puestos avanzados en Pontellas. El general francés ha prometido terminar la campaña por medio de un gran golpe; su proyecto es de envolver nuestro ejército y cortarle la retirada á la frontera. Entonces fué la gran batalla y el glorioso triunfo de nuestras armas en Truillaş, triunfo entero y completo, obtenido de poder á poder, brazo á brazo, gran batalla campal comparable á las mas crudas y sangrientas que ofreció la guerra en los campos de la Flandes. En esta gran jornada, sobre la cual las relaciones francesas no han ocultado ni una sola circunstancia de la gloria que ganaron nuestras armas, brilló mas que nunca la ciencia de la guerra que poseia el inmortal Ricardos, y se vió la pericia y los dotes militares que adquirieron bajo su mando tantos gefes y oficiales que hacian entonces sus estrenos. Los honores de aquel dia, en que todos hasta el postrer soldado se distinguieron con alteza, los ganaron en primer grado los generales duque de

Osuna, el conde de la Union, Courten, Crespo, el baron de Kesel, y el brigadier Godoy mi querido hermano, que decidió y concluyó la derrota de la columna de valientes veteranos que Dagobert mandaba y en la cual habia puesto su postrera esperanza. Los cadáveres rebosaban en el Thuir y cubrian el campo de tal modo, que la caballería se encontró embarazada en las últimas horas de aquella gran carnicería. Los franceses pelearon como fieras, y el general obró en reglas y en pericia de su arte; pero el dia fué nuestro. La parte mas disciplinada del ejército enemigo, los viejos regimientos de Champagne, de Medoc, Vermandois, Boulonais, y los guardias nacionales de los dos departamentos de Gers y Gard perecieron en su mayor parte. Los franceses mismos regularon su pérdida de muertos y de heridos en mas de seis mil hombres, la nuestra, segun sus mismas relaciones, llegó apenas á un tercio de la suya: la desercion de los franceses en su fuga por la noche fué cuantiosa, derramados en los montes.

¿Cómo ignoró M. Pradt estas cosas y las demas que se siguieron? Hasta aquella fecha, en setiembre (1), todas las demas potencias coligadas obtuvieron sucesos mas ó menos favorables; pero despues que la revolucion francesa abrió sus cataratas y lanzó á las fronteras un millon de combatientes, la victoria

(1) La batalla de Truillas ocurrió el 22.

desamparó todos los campos enemigos de la Francia, uno solo exceptuado... el de la España! Abra la historia M. Pradt, y si es que lo ignoraba, hallará y se verá obligado á confesar esta verdad muy importante, mucho mas que para mí, al honor de mi pátria, es á saber, que la España, ella sola por su lado, siempre al igual de las potencias mas dichosas en los primeros meses de la guerra, concurrente con todas ellas en los grandes hechos de armas y en los triunfos, no lo fué lo demas del año en las desgracias y derrotas que destroncaron la coalicion en los campos del norte. Compare M. Pradt los sucesos de aquel tiempo, y verá, mal que le pese, que á la famosa batalla de Hondtschoote en 9 de setiembre, donde sesenta mil combatientes ingleses, hanoverianos, holandeses y heseses, fueron vencidos por cuarenta mil franceses que un general mediano comandaba (1), pocos dias despues correspondió en España la batalla campal de Truillas que ha sido referida; que á la batalla de Vatignies en 16 de octubre, donde el príncipe de Cobourg y el famoso Clairfait con ochenta mil combatientes fueron batidos y obliga-

(1) Houchard, el cual sin embargo de aquella gran victoria, fué acusado de infidelidad á la república por haber dejado escapar al duque de Yorck que por maravilla se salvó en aquel desastre. Houchard pudo haber cortado toda comunicacion con Furnes, y la mayor parte del ejército inglés habria quedado prisionera.

dos á repasar el Sambra, correspondió en la noche del 15 del mismo mes la gloriosa del campo del Boulou contra el ataque nocturno y furibundo de las tropas francesas conducidas por Turreau sucesor de Dagobert (1); que á nuestros triunfos portento-

(1) El ejército francés tuvo la fortuna de haber recibido un refuerzo de quince mil hombres en la noche que se siguió al desastre de Truillas. Con este socorro fué posible contener la dispersion de las tropas desbandadas en los montes y tomar en ellos posicion sobre el flanco izquierdo de nuestro ejército. El general Ricardos encontrándose entonces con fuerzas inferiores hizo retirar su campo al Boulou. Esta operacion maestra fué practicada á su anchura conservando su posicion en Truillas hasta el 30 de setiembre, trasladando al Boulou entre tanto todo el material de la campaña sin dejar en Truillas ni una estaca, y conteniendo y rechazando en repetidas acciones la vanguardia enemiga. Los franceses ansiaban por vengar la jornada del 22 de setiembre. Despues de establecidas otra vez nuestras tropas en el campamento del Boulou, sostuvieron gloriosamente tres ataques generales y once combates particulares que les hizo el enemigo con teson increíble. Veinticuatro dias continuados los pasaron sin descanso, de dia á las garras con el enemigo, y en vivac todas las noches. Frustrados tantas veces los esfuerzos del general francés, y desesperando éste de superar de dia la táctica y las admirables previsiones de Ricardos, intentó un ataque general por seis puntos diferentes en la noche del 14 al 15 de octubre. Tiempo y valor perdido por la parte de los franceses; la victoria fué nuestra. ¿Qué importaba la noche? El general Ricardos las habia con un enemigo que entendia la guerra, y poniéndose en lugar suyo, adivinaba lo que aquel haria combatiendo en regla, y prevenia todos los casos. Es imposible alabar bastantemente la pericia, la san-

sos del veintiseis de noviembre en Ceret (1), del 7

gre fría y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y seria escribir un tomo entero referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa. He aquí una sola para muestra. El esforzado coronel, y amigo mio toda la vida, don Francisco Taranco, defendia la importante batería del Plá del rey contra una columna de seis mil hombres todos veteranos y tropas de refresco de los cuerpos que acababan de llegar de la Lorena y de la legion de la Mosella. El general Turreau los animaba con su voz, en persona: Taranco tenia apenas mil quinientos hombres. Sin embargo, con estas fuerzas rechazó siete ataques consecutivos, perdió y recobró tres veces la batería, se defendió hora y media al arma blanca, y perdida otra vez la batería cerca de la madrugada, continúa hostilizando al enemigo por detrás de la meseta con seiscientos hombres que le quedaban solamente. Si hubiera amanecido mas temprano, el general Turreau habria visto aquel pequeño número de valientes, allí mismo donde creia que le hacia frente una columna entera de enemigos furibundos. Finalmente, cuando apuntaba el dia llegó á Taranco un refuerzo de trescientos hombres, y con ellos y los seiscientos bravos que le quedaban, carga á la bayoneta los franceses, hace un horrible estrago, y Turreau cede y se retira, dejándole á Taranco ciento treinta y siete prisioneros, uno de ellos el coronel de la legion de la Mosella gravemente herido, ademas de un ayudante general y ocho ó diez oficiales. La matanza fué horrorosa. La batería del Plá del Rey perdió su antiguo nombre desde aquella noche y tomó el de *la Sangre*. Estos hechos y otros mil que ilustraron nuestras armas no son partes de gaceta, sino historia ¿Qué quedó por deber á las antiguas glorias de la pátria?

(1) El general Turreau, despues de una larga série de tentativas y de combates malogrados, cuyo principal designio

de diciembre en Villalonga, en la Roca y en San Genis; del 14 del mismo mes en el Col de Bayuls,

era encerrarnos y quitar á nuestro ejército el importante punto de Ceret, presintiendo un ataque general por mar y tierra que preparaba el general Ricardos, se persuadió de haber hallado el momento favorable de impedirlo y cumplió sus designios. Fue la ocasion de esta esperanza suya un espantoso temporal de seis dias consecutivos que hizo fracasar contra las costas los mas de los buques que se hallaban listos, que nos llevó sobre el Tech nuestros puentes de comunicacion con España, que cerró con torrentes invadeables los caminos de Morallas, de Bellegarde y la Junquera, y que nos dejó sin forrages para la caballería, y con pan tan solo para dos dias, siguiendo siempre aquel diluvio. De esta suerte se encontraba el ejército sin otro medio de comunicacion ni de retirada en caso necesario que el puente de Ceret, harto expuesto en aquellos momentos, y lo peor de todo, dominado enteramente por las baterías enemigas. En tal conflicto el general Ricardos resolvió atacarlas é hizo salir á este fin al conde de la Union con tres columnas que contenian lo mas selecto de nuestras fuerzas, encargando á los portugueses mantener los tres puestos del gran reducto, del puente y de la villa de Ceret. El enemigo que observaba, se arrojó al reducto, y tomóle, porque los portugueses se desbandaron tristemente. Nuestra buena fortuna dispuso que el conde de la Union, en la mitad de su camino, se encontrase atajado por un arroyo intransitable. Vuelto atrás y sabedor de la ventaja que acababa de lograr el enemigo, corrió á él, le arrojó del reducto, destrozó los demas cuerpos con que los franceses acudian á aquel punto, y persiguiéndolos en su fuga y reforzado por los mismos portugueses que acudieron á remediar su falta, se hizo dueño del importante puesto de San Ferreol cuya posesion aseguraba la de Ceret.